De muy diverso estilo y de más alta significación es el canto que lleva el número XI y cuya versión es la siguiente:

"1.—Desato mi voz en sollozos, me aflijo al recordar que debemos abandonar las bellas flores, los nobles cantos; gocemos por un momento, cantemos, ya que tenemos que partir para siempre, que tenemos que ser destruídos en nuestro lugar de habitación.

"2.—¿Saben nuestros amigos cuánto me duele y enoja el que nunca volverán, el que nunca rejuvenecerán en esta tierra?

"3.—Un fugaz momento aquí con ellos, después nunca más estaremos con ellos, nunca más gozaré con ellos, nunca más los conoceré.

"4.—¿Dónde habitará mi alma? ¿Dónde está mi morada? ¿Dónde estará mi casa? Soy miserable sobre la tierra.

"5.—Tomamos, desenredamos las joyas, las flores azules son tejidas sobre las amarillas que podemos darlas á los niños.

"6.—Que mi alma se envuelva en varias flores; que se embriague con ellas, porque pronto debo ausentarme, llorando ante la faz de nuestra madre.

"7.—Sólo esto pido: Tú, Dispensador de la Vida, [*Ipalnemohua*] no te irrites, no seas inexorable con la tierra, déjanos vivir contigo en la tierra, llévanos á los cielos.

"8.—Pero ¿qué puedo decir aquí verdaderamente del Dispensador de la Vida? Nosotros sólo soñamos; estamos profundamente dormidos; hablo aquí en la tierra; pero aquí no puedo hablar nunca en términos dignos.

"9.—Aun cuando sean joyas y preciosos ungüentos de discurso, ninguno, sin embargo, puede hablar aquí en términos dignos del Dispensador de la Vida."

Especial atención merece el canto XVIII, que se refiere al mito de Quetzalcoatl, cuya forma arcaica hace muy difícil su traducción, y cuyo sentido general cree haber dado Mr. Brinton. Hé aquí la versión castellana:

"1.—En Tollan estaba la casa de rayos de luz, allí está todavía la casa de culebras emplumadas abandonadas por Nacxitl Topiltzin. Nuestros nobles salieron llorando y fueron á donde él debía perecer, allá, en Tlapallan.

"2.—Fuimos de Cholollan por el camino de Poyantitecatitlan, y fuimos llorando por el agua hacia Acallan.

"3.—Yo vengo de Nonohualco, como si trajera pájaros *Quecholi* al lugar de los nobles. Me aflige que mi señor se haya ido adornado de plumas; yo soy miserable como la última flor.

"4.—Lloré con la humillación de las montañas; me entristecí con la exaltación de las arenas; que mi señor se había ido.

"5.—Era aguardado en Tlapallan; se mandó que allí durmiera, estando así solo.

"6.—En nuestras batallas estaba mi señor adornado con plumas; se nos ordenó que fuésemos solos á Xicalanco.

"7.—¡Ay! ¡ay! ¿quién estará en tu casa para traerte? ¿Quién gobernará en tu casa que quedó desolada aquí en Tollan, en Nonohualco?

"8.—Después que se hubo embriagado el caudillo lloró; nosotros nos glorificamos de estar en tu habitación.

"9.—La desgracia y la miseria estaban escritas contra nosotros, allá en Tollan, que nuestro caudillo Nacxitl Topiltzin tenía que ser destruído y sus súbditos hechos para llorar.

"10.—Hemos dejado las casas de turquesa, las casas de culebras allá en Tollan, donde gobernaba nuestro caudillo Nacxitl Topiltzin."

Lo dicho basta para que se comprenda la importancia histórica de esos cantos, y la utilidad que de su estudio pueden sacar la filología y la lingüística. De inapreciable valor es el trabajo de Mr. Brinton, y lo único que hay que sentir es que la copia que le sirvió sólo contuviera un número bien corto de los cantos que aparecen en el manuscrito. Esa copia, cuya deficiencia no pudo ocultarse al ojo perspicaz del sabio americanista, fué hecha por el abate Brasseur de Bourbourg. Un ligero cotejo de la publicación de Filadelfia con el manuscrito, manifiesta las lagunas de que adolece dicha copia.

Los diez y siete primeros cantos corresponden, por su orden, á los del manuscrito, salvo que en el décimo séptimo falta más de la mitad del original. Sigue luego, como decimo octavo, el primero de los cantos para el teponaztli, pero entre éste y el anterior existen veintiseis cantos que ocupan quince hojas. Los diez cantos últimos publicados, es decir, del décimo octavo al vigésimo octavo, con el cual concluye la colección, son los nueve primeros de los cantos para el teponaztli, procediendo esta diferencia de que los marcados con los números 19 y 20 forman una sola pieza en el original. Sigue después en el manuscrito una larga serie de cantos que llenan cincuenta y seis hojas. Se ve por esto que lo impreso en Filadelfia forma una parte bien pequeña de lo que existe, quedando por lo mismo, un vasto campo en que pueda ejercitarse todavía el ingenio de nuestros nahuatlatos. Permítanseme á este propósito algunas consideraciones para dar fin al presente artículo.

En ningún tiempo han faltado en México personas profundamente versadas en el idioma náhuatl, entre las cuales hay algunas que lo hablan como su lengua propia, y no escasa sería la lista de las que en la actualidad poseen tal conocimiento. Ahora bien, ¿cómo explicar esa punible indiferencia para dejar en el polvo del olvido tantos preciosos documentos, muchos de los cuales han desaparecido con el transcurso del tiempo, y otros, en gran número, han ido á enriquecer las bibliotecas y museos de otros países? Valiosísimos son, sin duda alguna, los trabajos de Mr. Brinton, de M. Remy Siméon y de otros sabios filólogos de Europa y Norte-América; pero es lícito alegar que en México podrían llevarse á cabo estudios de igual importancia, y más todavía, que México no debería dejarse arre-

batar la primacía en todo lo que se refiere á su propia historia. Triste es, por cierto, que aguardemos á que nos venga del exterior la luz para comprendernos á nosotros mismos; que nuestros hombres de letras se dejen arrebatar una gloria que les pertenece por derecho de primogenitura; que abandonen con desdén y expuestos á horribles contingencias, los pocos restos que han escapado del naufragio. El Gobierno, con una solicitud digna de aplauso, estableció en la Escuela Preparatoria una cátedra de idioma náhuatl que, servida por el entendido profesor Don Francisco del Paso y Troncoso, facilitará á la juventud el acceso á ese vasto campo de investigación donde hay tanto fruto que recoger y tanta gloria que conquistar.

En efecto, el estudio de las diversas lenguas que se han hablado, y muchas de las cuales se hablan todavía en el territorio que comprende la República, es de una importancia que sería inútil encarecer. Entre esas lenguas, la más extendida, la más primorosa, tal vez, es la náhuatl ó mexicana. El pueblo que la habló, había llegado á un grado de cultura cuya originalidad llenó de asombro á los conquistadores, como de ello nos dan testimonio los escritos del tiempo. A esto se debió seguramente que fuese la más cultivada, sobre la que se hicieron mayor número de trabajos, y que contribuyese con un contingente más copioso á enriquecer la lengua castellana. Su inteligencia es absolutamente indispensable no sólo para la trascendencia filológica que envuelve, sino porque no se podrían tener de otro modo nociones exactas acerca de la geografía y de la historia natural del país. A esto hay que añadir el interés particular que bajo el punto de vista literario inspiran las producciones de un carácter genuino que como los Cantares han llegado hasta nosotros. Paréceme que nuestros poetas podrían encontrar en esos venerables restos de la civilización azteca, nuevas fuentes de inspiración, que imprimiría á sus obras el sello de una verdadera originalidad, como se ve en las composiciones que sobre temas antiguos escribió Don José Joaquín Pesado, no obstante haber tenido que valerse de traducciones en las cuales no es posible conservar el vigor y las bellezas peculiares de la lengua náhoa.

Yo espero que estas indicaciones lleguen á realizarse no muy tarde, pues hay entre nosotros todos los elementos, y sólo se necesita el primer impulso para que la actividad intelectual del genio mexicano se desenvuelva en la esfera que le es propia. Entonces podrán estimarse muchos manuscritos que hoy duermen en el polvo de los archivos y bibliotecas y entre los cuales merece mención muy especial los *Cantares*, cuyo paradero ha provocado la curiosidad literaria del Sr. Canini."

Se ha comenzado ya la traducción de los Cantares, obra difícil pero no imposible; el lenguaje elevado de la poesía primitiva, llena de deslumbrantes figuras, se presta á fantásticos giros, tal vez incomprensibles, por lo que se publicará hasta donde sea posible una versión castellana y literal, á su debido tiempo.

Los cantores aztecas eran los libros vivos de su literatura; en los bailes se cantaban las glorias del guerrero, en el templo las oraciones á los dioses; sin alfabeto para escribir, el cantor enseñaba acompañado del teponaztli y del panhuehuetl la tradición histórica y religiosa á la juventud en los colegios y narraba las conquistas y las glorias patrias á los pueblos.

Dr. Antonio Peñafiel.

***